

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE SANTANDER

FRANCISCO PASTOR BUENO

26 DE MARZO DEL AÑO DEL SEÑOR DE 2010





La música procesional: El Arte de la Fe

1.- Introducción

Los días pasaban tan lentamente que parecía como si el tiempo se hubiera detenido. Nada había cambiado desde que llegaron. La ciudad resistía al abrigo de sus fuertes murallas y amparada por el Río Grande que formaba, frente a ella, un valladar casi inexpugnable. Y a su través un puente de barcas protegido desde el Castillo, que luego sería llamado de San Jorge, que era una vía segura para el suministro de víveres y refuerzos. De un lado, en el campo de Tablada, los castellano-leoneses acampaban expectantes junto al cristiano Rey Fernando; de otro lado, la Ciudad musulmana esperaba con inquietud junto al Rey Axataf, atenta a cualquier movimiento de sus cercadores, pero convencida de que ninguna fuerza humana podría vencer sus firmes defensas.

El Rey Fernando mandó entonces al Almirante Ramón Bonifaz quien, al frente de una flota de naves y de hombres de Cantabria, remontó el Guadalquivir y llegando hasta el puente de barcas lo embistió con la proa de su nave, logrando romper el cordón umbilical que sustentaba a los musulmanes. El resto sólo fue cuestión de tiempo pues dice la crónica que en la rotura del puente *"consistió toda la*



victoria, porque los moros desde aquella hora conocieron ser vencidos". Con su acción el Almirante Bonifaz -el cántabro Bonifaz- contribuyó de manera decisiva a que la ciudad –Sevilla- pasara de las manos del Rey moro a las del Rey Santo, quedando este hecho reflejado en el escudo de Santander, donde se puede apreciar la Torre del Oro y una nave rompiendo las cadenas en el Guadalquivir.

En la repoblación de la ciudad que hiciera el Rey Fernando III –al que Sevilla adoptaría luego como su Santo Patrón- llegaron muchos montañeses que allí sentaron casa y hacienda, y otros muchos que seguirían llegando a lo largo de los años para desarrollar el comercio e iniciar así una hermandad entre Sevilla y Cantabria que hace que ningún sevillano se sienta extraño en Santander ni ningún cántabro sea extranjero en Sevilla.

Desde esa tierra, que por pionera en la defensa del dogma de la *Concepción Inmaculada*¹ recibió con merecimiento el título de Muy Mariana Ciudad, viene hoy ante Vdes. a esta Santa Iglesia Basílica Catedral, Casa de Dios y –también hoy- Templo de la música, este sevillano, músico y cofrade, para celebrar con todos que la música es agradable a los ojos del Señor, que "la música es buena y nuestro Dios merece una alabanza armoniosa"².



2.- Saludo

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Obispo.

Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. Delegado Episcopal.

Ilustrísimas y Dignísimas Autoridades.

Señora Presidenta y Junta General de Cofradías Penitenciales.

Señor Director y Señores Profesores de la Banda Municipal,
compañeros en los caminos de la música.

Señoras y Señores.

Cofrades de Santander.

Debo empezar agradeciendo a la Señora Presidenta de la Junta General de Cofradías la ilusión, la emoción y la ternura que ha puesto en las palabras con las que ha realizado mi presentación.

Gracias, Teresa. Tu bondad, ese espíritu ingenioso que siempre te guía y tu lealtad para con tus amigos, han vuelto a brillar esta noche como brillan cada día de tu vida.



3.- El carácter espiritual de la música

No lo digo yo, lo dice La Biblia³:

Alabad al Señor tocando trompetas,

Alabadlo con arpas y cítaras,

Alabadlo con tambores y danzas,

Alabadlo con trompas y flautas,

Alabadlo con platillos sonoros,

Alabadlo con platillos vibrantes.

El carácter religioso de la música queda muy bien reflejado en estos versículos del Salmo 150, pero es que la música es la más espiritual de todas las artes.

El pintor, con su rica paleta de colores, oscurecerá nuestros ojos con el horror del duro castigo en la Cruz y nos pintará a María en la tristeza de unos ojos que han vivido el orto y el ocaso en un brevísimo espacio de tiempo.

El escritor, el poeta, aturdirá nuestros oídos con la rima asonante de una pena hecha lamento endecasílabo.



El escultor querrá dar forma humana a las figuras que nuestra fe persigue y en su perfección técnica llegará a pedirle a la imagen que hable, como hiciera el florentino Miguel Ángel Buonarotti con su Moisés, o identificará la belleza de la *Madre de Dios*⁴ en la emoción de la mirada y en la dulzura expresiva de quien es carne de su carne y sangre de su sangre, idealizándola en la madera con la inspiración de la santanderina Gema Soldevilla en su *Virgen de la Merced*⁵.

Pero la esencia del ser humano no es una figura aprehensible, la esencia de nuestra fe sólo reside en algo tan etéreo como es el sentimiento, un producto del alma. Y es ahí donde pellizca directamente la música y donde remueve nuestra conciencia sensitiva con el desgarrar de una lágrima hecha melodía o de un suspiro que se torna en oración.

Dijo un músico y poeta americano del siglo XIX que la “música es amor en busca de palabras⁶” pero yo voy a corregirle hoy pues creo que la “música es amor que no necesita palabras”. Hay ocasiones en las que las palabras son incapaces de expresar los sentimientos, de transmitir las sensaciones del espíritu, de remover –conmoviendo- los sentimientos del corazón más sólido. Allí, donde se acaba el lenguaje, comienza la música⁷.



¿Qué si no la música puede vencer el silencio que nos ausenta de Dios, que nos aleja de la figura de Cristo?

La música no necesitará colores, ni figuras, para hacernos sentir esa *Angustia*⁸ que provoca sudores de sangre en *La Oración en el Huerto*⁹, o para presentarnos la dureza del *Camino del Calvario*¹⁰, ni *La Soledad*¹¹ de *María*¹² *Al Pie de la Cruz*¹³; la música no precisará de palabras para hacernos decir *Ave María*¹⁴ ante la *Madre Dolorosa*¹⁵ que estaba junto a la Cruz de la que pendía su Divino Hijo. Pero no sólo la tristeza de la muerte, también la alegría por la Resurrección y por la consuetudinaria presencia del *Cordero de Dios*¹⁶ en la forma consagrada a través de la *Eucaristía*¹⁷, nos es transmitida directamente al corazón cuando una fanfarria de brillantes cornetas nos sorprende con maravillosos acordes arpegiados sobre una luminosa tonalidad, claros, puros y alegres, en el inicio de esa música celestial, de esa bellísima ilusión mística que es la marcha ***Corpus Christi***¹⁸.



4.- La música procesional y los sentimientos

Beethoven, Mahler, Wagner o Chopin –por citar sólo algunos grandes románticos- moldearon en sus Sinfonías, Óperas o Sonatas, grandiosas marchas fúnebres que se sustentaban fundamentalmente en un carácter de homenaje póstumo y de música para acompañar el dolor del tránsito; siempre, esto es innegable, para expresar la constante dualidad vida-muerte que es la realidad del ser humano.

La marcha procesional tiene unos orígenes claros en la marcha fúnebre romántica, de la que es heredera directa y a partir de la cual inició su desarrollo y evolución hasta los modelos actuales, llegando a convertirse en una parte con identidad propia de la música sacra.

Pero ¿qué es la marcha procesional?

¿Es sólo música?

¿Es *Amor*¹⁹?

¿Es sentimiento que se torna en oración?

Lo primero es claro: la marcha procesional es música. Existe en base a unas melodías armónicamente tratadas, con una estructura, un



compás, un tempo y un carácter inequívocamente reconocibles como música para acompañar un desfile procesional.

Pero ¿es algo más? Si Sidney Lanier había dicho que *"la música es amor en busca de palabras"*, otro excelente compositor, Mauricio Kagel, expresó que *"cada partitura es una carta de amor en la que el autor expresa sus sentimientos"*. Y si ambos –que algo debían de saber de esto- coinciden en que la música es amor, nosotros podemos concluir con seguridad que la música procesional será amor a Dios y a su Bendita Madre la Virgen María.

Pero aún nos queda una tercera idea: la marcha procesional como sentimiento tornado en oración.

Mi amiga Teresa –santanderina ejemplar que sabe mucho de música, otro tanto de amor, y más de oración y de sentimiento por su cercanía y envidiable intimidad con su Virgen de la Merced, una de las joyas marianas de vuestra Semana Santa- escribió en las páginas del Diario Montañés que *"una marcha procesional es la expresión, en unos pocos minutos, de una serie de sentimientos muy profundos"*. Y dijo bien, porque una marcha procesional tendrá tanto valor como sentimiento sea capaz de transmitir. Ese es su elemento diferencial, pues como obra musical, debido a su pequeño formato y a las



limitaciones temporales y de estructura que le vienen impuestas, nunca podrá competir con las grandes obras del sinfonismo o del concierto. En cambio, como contenedora y generadora de sentimientos y de emociones le tiene ganada la partida a cualquier otro género musical.

Por eso, la composición de una marcha procesional no debe afrontarse sólo como un ejercicio de creatividad musical, sino que su objetivo primero debe ser el de expresar, a través de sus notas, algo aún más importante que buena música: debe expresar sentimientos, pero no cualquier sentimiento, ni siquiera un sentimiento exclusivo del propio compositor, debe transmitir un sentimiento de devoción a una sagrada imagen que preexiste a la composición de la marcha y que trascenderá a ella. Se trata, además, de un sentimiento que pertenece a una variada multitud de personas, cada una con su propia manera de vivir ese sentimiento, pero todas viviendo la misma idea. Por eso, las marchas procesionales tienen que ser portadoras de la belleza sentimental de la advocación a la que pretenden servir. Porque de eso se trata, de **componer música al servicio de una idea religiosa.**



5.- Una catequesis musical

Desde el principio de los tiempos, la música ha estado estrechamente vinculada con todo lo que ha sido importante para la humanidad: fiestas, celebraciones públicas o privadas, tragedias.... Y de entre todo, los actos religiosos de cada cultura siempre se han engrandecido con una música adaptada a sus ritos y a sus textos, que ha merecido crear un género musical propio: la música sacra.

Los textos sagrados han sido fuente inagotable de inspiración para los grandes músicos de todas las épocas y fértil semilla para el nacimiento de hermosas partituras que ya nos parecen imprescindibles: la cronología de la *Pasión, Muerte y Resurrección*²⁰ de Jesucristo según el evangelista San Mateo fue la base sobre la que el Padre de la música, Juan Sebastián Bach, levantara el mejor monumento musical de toda nuestra historia conocida: *La Pasión según San Mateo*.

El relato que los Santos Evangelios nos ofrecen de las *Siete últimas Palabras de Jesucristo en la Cruz* y la carga dramática que su lectura traslada, también ha ejercido siempre un gran influjo sobre los músicos de todas las épocas. Valgan como muestra dos ejemplos: el



austríaco *Franz Joseph Haydn*, que entre 1786 y 1795 realizó hasta tres versiones de su genial visión de las Siete últimas Palabras, compuesta con la finalidad de ayudar en la meditación que realizaban los miembros de una comunidad religiosa gaditana, conocida como la Hermandad de la Santa Cueva, una música sobre la que *Manuel de Falla*²¹ opinara que es “la perfección absoluta”; o la compositora rusa contemporánea *Sofía Gubaidulina*, que compuso en 1982 una escalofriante visión de las Siete Palabras, encomendando al violoncello la voz que nos transporta con su timbre noble, profundo y aterciopelado, al pie del *Calvario*²² para asistir al cumplimiento de lo anunciado por los Profetas y recibir la sensación de tragedia que se desprende de la escena. La motivación de *Gubaidulina* al escribir esta obra queda muy clara en el comentario de la propia compositora: “*Soy una persona religiosa, rusa ortodoxa, y considero la religión en el significado literal de la palabra ‘re-ligio’ como lo que une, lo que restablece el legato de la vida. La música no tiene misión más seria que ésta*”.

El amor, que es la fuente de la vida, es también una de las fuentes de la música. Permítanme contarles una pequeña pero admirable historia en la que el amor fue el manantial del que brotó la más deliciosa marcha procesional que pueda imaginarse. El prestigioso compositor *Pedro Morales Muñoz* había construido su vida en torno a dos



grandes pilares. Uno fue la música –“desde pequeño siempre quise ser músico y militar” –me confesó un día- y ambas disciplinas las ha cultivado con lealtad y con brillantez: destacando como Comandante Director de la Banda y Música de uno de los Regimientos míticos de nuestra España, el Regimiento de Soria nº 9, y brillando como compositor de un nutrido ramillete de obras entre las que destacan más de 50 extraordinarias Marchas procesionales –quien no conoce su bellísima marcha **Esperanza Macarena**²³- que le han reportado fama y prestigio elevándolo como el Maestro de Maestros en el género.

El otro pilar que afianzó su vida y que a buen seguro le sostuvo la inspiración para que todo surgiera con la belleza de la naturalidad, fue aquella mujer a la que conoció cuando casi eran unos chiquillos en su pueblo natal y que desde entonces le arropó siempre como esposa y compañera.

Pero el libro de la vida, tras difuminar las páginas finales de su historia de amor, le enseñó a su amada con claridad el camino de la gloria para que ocupara allí un palco de honor desde el que seguir velando por la inspiración del músico y del esposo amado. El Maestro Morales, entre las espinas del dolor y de la soledad que ya nunca



podría arrancar de su alma, aferró su lucidez a sus más firmes creencias y envolviendo a ambas con el transparente celofán de su música alumbró la más bella, sublime y enternecedora partitura, una emotiva carta de amor a su amada ausente en forma de Marcha Procesional con el sugerente título de "**Te veré en el Cielo**"²⁴". No se trata sólo de música, ni de otra genial marcha procesional del Maestro, "Te veré en el Cielo" es una catequesis dicha en música que apunta a la resurrección a la vida eterna tras nuestro obligado tránsito por la vida humana.

¿Qué fue lo que movió al insigne Maestro a componer esta obra?
¿Acaso buscaba el alivio para su dolor? ¿Tal vez quería asirse al recuerdo para repudiar el presente?

No. Lo que impulsó al Maestro Morales fue la Fe, fue su profunda creencia en la vida eterna, en la *Gloria*²⁵ de Dios Padre, adonde él sabía que se había marchado –para esperarle- su amadísima esposa.

Porque sin fe hubiese sido imposible alumbrar la marcha "**Te veré en el cielo**", porque si no se cree en la existencia de Dios, en la labor redentora de su hijo Jesucristo y en la presencia unificadora de su bendita Madre la Virgen María, no se puede armonizar en las cinco



líneas de un pentagrama el sentimiento ante las escenas de la Vía Dolorosa²⁶.

Porque si uno no cree profundamente en que todos somos hijos de Dios y que estamos llamados a volver a su lado en el final de nuestro ciclo, si uno no tiene esa firme convicción, es imposible proclamar su *Eterna Lealtad*²⁷ como lo hace ese prodigio del sentimiento musical del elegante Maestro *Vicente Fernández* por las calles de Santander cada Semana Santa.

Fe y música, sí, pero lo primero que figura en las partituras de una marcha procesional es la fe. Así, el título de cada marcha contiene un testimonio de fe en forma de oración, "*Ave María*", o de alabanza, "*Mater admirabilis*²⁸", o de aceptación filial "*Mater mea*²⁹".

Y luego, a renglón seguido, vienen los pentagramas y la música que cada uno de nosotros tendremos que convertir en oración. Dulces melodías, sonoros contrastes de sensaciones, sentimientos del alma hechos armonía y contrapunto.

Fe y música, porque esa es la verdadera esencia de toda marcha procesional.



6.- La trascendencia de la música procesional

Cuando el compositor escribe una marcha procesional, tiene que ser consciente de la especial trascendencia que va a tener su música. Y tiene que ser consciente porque la música es el atajo que el corazón del músico utiliza para entrar en nuestras vidas y compartir con nosotros las alegrías y las ilusiones, pero también las debilidades y esos sueños quebrados que inevitablemente nos impone nuestra existencia. La marcha procesional adquiere esa trascendencia especial porque va destinada al pueblo llano que, ni tiene porqué saber de complejidades técnicas, ni tiene porqué entender de música, lo único que espera es que la música se identifique con la emoción que siente, con las sensaciones que su corazón experimenta al encontrarse cara a cara con las imágenes de su devoción y con la conjunción entre el drama pasional y el drama personal que muchas veces sacude al espectador creyente.

"Pocas cosas sencillas, con gusto y bien elegidas son apropiadas para el culto, más que eso es ostentación³⁰". ¿Recuerdas, Teresa? También yo lo entiendo así. Y en la música procesional sucede igual.

Los complejos recursos técnico-musicales que todo Compositor gusta de lucir en sus obras, no me parecen los mejores medios para la



Marcha Procesional, en la que va mucho mejor la belleza de la sencillez, de la naturalidad. El sentimiento más profundo del ser humano es siempre el más elemental, el más sencillo, lo que se ha dado en llamar sentimientos primarios: el amor, la devoción, la pena.... Y si la marcha procesional puede y debe reflejar ese sentimiento ha de hacerlo en igualdad de armas, con la belleza de la sencillez porque lo contrario –es decir la complejidad de la trama compositiva- solo contribuye a alejarnos del sentimiento de la gente y –en definitiva- a alejarnos del medio para el que componemos.

Y no por ello se rebaja la calidad de la música, porque grandes obras musicales se han basado en la sencillez y, también, algunas de las más emotivas marchas procesionales se sustentan en este principio. Hemos de emplear nuestros mejores recursos técnicos y artísticos, por supuesto, pero sólo para lograr que la marcha procesional que componamos esté al servicio de las imágenes a las que acompaña y no para erigirse en protagonista ella misma.



7.- La música procesional como testimonio de fe

Una vida sin fe, sin creer en nada que nos trascienda, se me figura como un camino que no lleva a ninguna parte. Nunca he podido comprender cómo se puede vivir en el agnosticismo, cómo se puede gastar una vida sin un fin esperado y pretendido. Porque sin el abrazo de Dios ¡qué vacía estaría nuestra vida!, ¡cuántas cosas carecerían de sentido y cuántas quedarían lejos del sentimiento y del entendimiento! Nunca lo he podido comprender y estoy seguro de que aquél hombre tampoco lo había comprendido nunca. Lo había perdido todo, todo lo que debía de haber sido lo empeñó en una mala partida con la vida. Incluso es posible que hubiera perdido hasta la dignidad humana. Todo lo había perdido, todo menos la fe.

Ocurrió en la mañana de un Viernes Santo. El *Paso de Palio*³¹ que llevaba a la *Virgen de la Esperanza*³², avanzaba majestuoso entre la muchedumbre que lo aguardaba sin querer perderse ni un solo detalle. Las primeras filas de su brillante candelera de plata, sobre las que los pabilos apagados habían dejado ya de desgastar la cera, habían alcanzado los mal encalados muros de aquella vieja cárcel y se reflejaban en ellos merced a los primeros rayos de sol, que dejaban también al descubierto tantos desconchones en aquellos



muros como desconchones había en las vidas de los infelices que – tras ellos- penaban su desapego a la ley y al orden.

Contra los barrotes de los tristes ventanales, las caras de los presos se apretaban entre sí como en un cuadro de la pintura negra de Goya, ávidos de asistir a los escasos momentos de emoción que les deparaba la visión de *aquella Virgen*³³ cuya devoción habían recibido de sus madres y de sus abuelas.

Aquél hombre, al presentir que la Virgen se le acercaba, alargó su mano a través de los barrotes como queriendo aprehender en su puño crispado *El Consuelo de los ojos*³⁴ de la Señora. Y su corazón se volvió garganta y su garganta se volvió saeta que voló hasta las manos mismas de la Virgen Madre para pedirle, para suplicarle:

Soleá, dame la mano,
a la reja de la carse,
que tengo muchos hermanos,
huérfanos de pare y mare.

El lamento de aquél preso, canto de dolor y de esperanza, llegó hasta los mismos ojos de la Virgen, y dicen los que lo vieron, que a la *Madre de la Esperanza*³⁵ se le tornó la mirada en un brillo cristalino,



frisado de emoción y de ternura, como únicamente la lágrima de la compasión y del consuelo puede recrear.

Y tras besar las mejillas de nácar y rosa de aquella *Virgen Dolorosa*³⁶, la saeta de aquel hombre atormentado se volvió *Rocío*³⁷ de la mañana que impregnó -como una lluvia de amor- el alma y los sentidos de quienes aquello presenciaban.

Quiso la *Divina Providencia*³⁸, porque estas cosas nunca suceden al azar, que el enternecedor testimonio de fe y la sincera apuesta por la esperanza de aquel preso, impactaran de una manera especial en un músico que había sido atónito espectador de aquella escena: Manuel Font de Anta fue sacudido en sus sentimientos por un terremoto de emoción y de dulzura indescriptibles y corrió a plasmar en sus partituras el ambiente, la esperanza, la pasión y el drama que había presenciado, en una marcha procesional única e irrepetible como es ***Soleá, dame la mano***³⁹, una música que presenta un cuadro de un realismo tal que hizo exclamar al propio Igor Stravinsky “*estoy viendo lo que escucho y estoy escuchando lo que veo*”. Y es que *Soleá, dame la mano* utiliza las notas musicales para construir colores con los que pintar la tragedia de una vida rota, la esperanza como último soplo de vida, la compasiva dulzura en los ojos de una Madre y un cuadro costumbrista de todos los creyentes que asisten como espectadores necesarios para poder luego ser testigos –como lo fue Font de Anta- del poder balsámico y redentor de nuestra creencia.



8.- Epílogo: La Merced

Un sacerdote y músico, llegado desde las tierras de Huesca, eminente como sacerdote y grande como músico, pues ha recorrido todo el mundo dando magistrales conciertos de órgano, se cruzó un día con mi hija Cecilia por los pasillos del Conservatorio de Música. Luego de saludarla, se interesó por su profesión:

- ¿Usted también es músico, señorita?

- No, yo soy filóloga.

- Pues sepa usted –sentenció el sacerdote- que en el cielo hay música, no literatura.

Lo cierto es que mi hija, sin abandonar su profesión literaria, lleva ya algunos años interviniendo activamente en la música y cada vez con mayor entusiasmo y gozo. Será –pensaría ella- por aquello de que convendría seguir el consejo, no fuera que aquél sacerdote gozara de información privilegiada, dado su oficio.

En las postrimerías ya de este Pregón, también yo quiero cambiar la literatura por música y me propongo hacerlo con la interpretación del estreno absoluto de una nueva marcha procesional que he compuesto bajo el título de **La Merced**⁴⁰, inspirada por la dulce belleza de la



imagen mariana que es titular de vuestra ***Archicofradía de la Celeste, Real y Militar Orden de Nuestra Señora de la Merced.***

Este pregonero siempre ha sido muy providencialista y sabe que las cosas de la fe nunca ocurren por casualidad.

Y es por eso que estoy seguro de que gracias a la *Virgen de la Merced* puedo sentir hoy el privilegio de compartir vuestro amor por la Semana Santa desde este atril.

Ha pasado mucho tiempo y todavía me pregunto cómo apareciste en mi camino. Si por más que te miro me sigue pareciendo increíble que tan bella pudieran recrearte. Quizá sea porque quien te hizo llevaba en su propio ser el molde de tu hermosura, eras tan suya que le bastó con acariciar la madera para destapar tu esencia.

Desde entonces nuestra relación es extraña, sé que me acompañas silente, embaucadora, casi lejana, pero yo te siento, te presiento, en todas mis cosas, en cada momento. No sé si es el corazón o es el cerebro, pero ya lo veo casi todo desde tu misma perspectiva, una



perspectiva lejana, como ese horizonte enigmático hacia el que derramas tu mirada inquietante, dulce, ensoñadora.

Miro tus ojos, Merced, y no hallo lugar para la pena;

miro tus labios, Merced, esa boca que me llama y me reclama,

y me dice y contradice mi razón y mis sentidos;

miro tus lágrimas, Merced, y tampoco en ellas puedo anidar mi pena,

porque tú, Celeste Madre, ya la has penado por mí.

Y busco en la música el consuelo y quiero hablarle al pentagrama de una pena inacabada: un tema, un contrapunto; una pregunta, una respuesta; mil y una armonías, pero siempre la misma melodía: tú, Merced.

Todo lo invades y todo lo llenas, nada puede sonar mejor que tú, ni nadie puede –como tú- esconder mi pena.

Sé que hemos dejado mucha vida sin vivir, que no tuvimos tiempo para decirnos tantas cosas...., siempre nos marchamos a destiempo,



demasiado pronto, pero me pusiste aquí y aquí sigo, todavía, sin saber a qué sabe tanto dolor y tanta *Soledad*⁴¹.

Y es entonces cuando cobran sentido los versos del poeta Gerardo Diego:

“... dadme siquiera una poca
de esa doble pena loca
que quiero penar mi pena”

La Merced, esta es la música que va a sonar como final y como cierre de mis palabras. Una marcha procesional que quiero dejar aquí, en Santander, bajo la protección de la Junta General de Cofradías Penitenciales –a quien he dedicado la partitura-, para que cuando suenen sus notas en las procesiones de vuestra Semana Santa, aportando dulzura para suavizar el drama de la Pasión, recordemos todos que, si la fe nos procura creer en lo que no vemos, y la música nos permite sentir aquello en lo que creemos, no sería muy aventurado concluir que la música es el ***Arte de la Fe***.

Francisco Pastor Bueno



NOTAS

- ¹ *Concepción Inmaculada* (2003), Poema sinfónico en forma de Marcha de Juan Antonio Pedrosa Muñoz
- ² Salmo 46.
- ³ Salmo 150
- ⁴ *Madre de Dios* (1954), Marcha procesional de José Martínez Peralto
- ⁵ *Virgen de la Merced* (1981), Marcha procesional de Perfecto Artola Prats
- ⁶ “La música es amor en busca de palabras” (Sidney Lanier)
- ⁷ “La música comienza donde acaba el lenguaje” (Hoffmann)
- ⁸ *Angustia* (1945), Marcha procesional de Pedro Braña Martínez
- ⁹ *La Oración en el huerto* (2009), Marcha procesional de Antonio Noguera Guinovart
- ¹⁰ *Camino del Calvario* (1905), Marcha procesional de Manuel Font de Anta
- ¹¹ *La Soledad* (1991), Marcha de procesión de Pedro Morales Muñoz
- ¹² *María* (1993), Marcha procesional de Julio Páez Cano
- ¹³ *Al pie de la Cruz* (1900), Marcha fúnebre de Germán Álvarez Beigbeder
- ¹⁴ *Ave María* (2008), Marcha procesional de Francisco José Salas Gómez
- ¹⁵ *Mater Dolorosa* (1922) Marcha procesional de Mariano San Miguel Urcelay
- ¹⁶ *Cordero de Dios* (1964), marcha procesional de Ricardo Dorado Janeiro.
- ¹⁷ *Eucaristía*, Marcha procesional de Francisco Javier González Ríos
- ¹⁸ *El Corpus* (ca, 1915), Marcha solemne regular de Braulio Uralde Bringas
- ¹⁹ *Amor* (2007), Marcha procesional de Manuel Marvizón Carballo
- ²⁰ *Pasión, Muerte y Resurrección*, Marcha procesional de Francisco Javier González Ríos
- ²¹ La opinión de Manuel de Falla sobre Las Siete Palabras fue: “¡Qué equilibrio! Ni una sola nota de más ni de menos que las necesarias. ¡Perfección absoluta! ¡Maravillosa!”.
- ²² *Calvario* (1990), Marcha procesional de Francisco Javier Alonso Jiménez
- ²³ *Esperanza Macarena* (1968), Marcha Procesional de Pedro Morales Muñoz
- ²⁴ *Te veré en el Cielo* (2004), Marcha Procesional de Pedro Morales Muñoz
- ²⁵ *Gloria*, Marcha de procesión de Mariano San Miguel Urcelay
- ²⁶ *La Vía Dolorosa* (1991), Marcha procesional de Aurelio Fernández Cabrera
- ²⁷ *Eterna Lealtad* (2008), Marcha procesional de Vicente Fernández García
- ²⁸ *Mater admirabilis* (2007), Marcha procesional de Francisco Pastor Bueno
- ²⁹ *Mater mea* (1962), Marcha procesional de Ricardo Dorado Janeiro
- ³⁰ Extraído del texto “*A nuestros Queridos Hermanos Mayores*” de Teresa Saro Baldor, Mayo 2002.
- ³¹ *Paso de Palio* (1950), Marcha procesional de Manuel Borrego Hernández
- ³² *La Virgen de la Esperanza* (1995), Marcha procesional de Pedro Morales Muñoz
- ³³ *Aquella Virgen* (1960), Marcha procesional de Manuel Gómez de Arribas
- ³⁴ *El Consuelo de tus ojos* (1999), Marcha procesional de Francisco Pastor Bueno
- ³⁵ *Madre de la Esperanza de Triana* (2001), Marcha procesional de Andrés Martos Calles
- ³⁶ *Virgen Dolorosa* (¿1951?), Marcha Lenta de Pedro Braña Martínez.
- ³⁷ *Rocío*, Marcha procesional de M. Vidrié
- ³⁸ *Divina Providencia* (2008) , Marcha procesional de José Jesús Ciero Polvillo
- ³⁹ *Soleá, dame la mano* (1918), Marcha procesional que Manuel Font de Anta dedicó “**A los desgraciados presos de la cárcel de Sevilla, que al cantarle "saetas" a la Virgen en Semana Santa, me hicieron concebir esta obra.**
- ⁴⁰ *La Merced* (2009), Marcha lenta de Francisco Pastor Bueno.
- ⁴¹ *Soledad* (2004), Marcha procesional de David Hurtado Torres.